

EL ESCUCHA

EL ESCUCHA

Mil veces me he observado en el espejo para buscar si tengo algo especial en mis facciones que haga que las demás personas se acerquen a mí a contarme su vida. Algo debo tener, quizá mi mirada de borrego a medio morir, como dicen que la tengo, o mi aire general inofensivo. Pero nada. El caso es que apenas estoy junto a alguna persona, ya sea en una cola para comprar boletos, en la antesala de un médico, en una oficina burocrática, en el metro, en las estaciones y prácticamente en donde sea, cuando invariablemente mi vecino más próximo, con el mínimo pretexto, inicia una plática que conduce irremediamente al relato de su vida con toda serie de detalles. Inicia diciendo que qué bonito día hace o qué lata tener que esperar tanto tiempo o si ya me fijé en lo cafre del chofer. Normalmente no contesto, pero eso no importa, a continuación, y con una falta total de pudor, inician el relato de su existencia: enfermedades, dificultades económicas, infidelidad conyugal, abuso de sus jefes, incomprensión de los hijos, nostalgia de su lugar de origen, inadaptabilidad, robos, abusos, engaños. De un jalón dicen todo su discurso como con miedo de que me vaya y no puedan terminar. En ningún caso esperan algún comentario. Al terminar desaparecen. Parece como si yo fuera un bote de basura donde la gente deposita todo lo que le molesta.

Pero todo ese peso se queda en mí y ahí está lo grave del asusto. Si sólo fuera escucharlos y ya, podría hasta ser divertido, pero no, me preocupo por sus problemas, busco desesperadamente alguna solución a ellos; si estoy de buen humor este desaparece, en mi trabajo estoy inquieto y varias noches me las paso en vela pensando en esas gentes. Sé que es inútil, que aunque dé con la solución, y algunas veces creo tenerla, no puedo aplicarla pues desconozco las señas o las direcciones de mis confidentes.

En general soy un buen observador, pero ahora presto atención especial a posibles candidatos que tengan el mismo defecto que el mío, pero no he dado con ninguno. Si dos

EL ESCUCHA

desconocidos se dirigen la palabra es para pedir la hora, una limosna o para vender algún artículo; terminado el trámite cada quién se marcha por su lado. Yo trato de imitar sus actitudes: seriedad, indiferencia, molestia, disgusto, prisa, pero de nada me sirve. En pocos minutos ya tengo otra carga sobre mí que me desgracia todo el día y parte de la noche.

He recurrido a varios trucos como cambiar de lentes, dejarme el bigote y la barba, cortarme el cabello, fumar puro, vestirme como hippie. Totalmente inútil. Me siguen confesando sus problemas, sus culpas, sus envidias.

Hace cuatro días rompí récord. En el desayuno la sirvienta me platicó que su novio la había engañado, además del resto de su vida. En el camión a mi trabajo un joven me pidió un cigarro ya que estaba muy nervioso por un examen y siguió, por supuesto, con el relato desde el día que nació. En la oficina la secretaria me dijo que tenía miedo que la corrieran por llegadas tarde sin faltar toda su historia personal y familiar. Un cliente me contó el embargo a sus propiedades y su pasado. A la hora de comer, un compañero, el embarazo de su mujer y sus veintiocho años de existencia. Otros cinco siguieron con sus cosas y la novela personal. Llegué a mi cuarto con dolor de cabeza y esa noche, para variar, no pude dormir.

Ayer tomé la determinación de adelantarme al que se me acercara y relatarle mi vida con todo tipo de detalles. Por primera vez en varios años ese día nadie se acercó a mí. Todo el tiempo estuve tenso esperando la oportunidad de vengarme. Durante la noche tampoco pude conciliar el sueño. Se me hizo una obsesión relatar mi historia. Despierto me imaginé las reacciones de mis escuchas. Una veces eran personas mayores que con breves movimientos de su cabeza me daban la razón, otras veces eran mujeres las que me escuchaban y se compadecían de mí. Todos con gran interés y atención, poniendo cara de asombro, de tristeza, alegría o indignación según mi relato.

Hoy o nunca, me dije al salir de mi casa al día siguiente. No voy a esperar a que alguien se me acerque, yo mismo iniciaré la conversación. En el camión me tocó de

EL ESCUCHA

compañero de asiento un hombre, seguramente obrero. Le pregunté la hora para iniciar mi relato. Me miró y arrojó a mi cara un fuerte olor a alcohol. ¿Me está usted queriendo ver la cara o qué? Me preguntó. No ve que no traigo reloj y en cambio usted trae uno que debe ser muy fino. ¿Me quiere vacilar sólo porque soy pobre o qué se trae? Pedí perdón como mejor pude y me bajé en la siguiente esquina. La secretaria de mi oficina me dijo que no tenía tiempo para perderlo conmigo pues estaba hasta las manitas de trabajo. Juan, al que por lo menos escuchaba una vez por semana, me contestó que me dejara de pendejadas, que si quería relatar mi vida que me fuera con un cura o un psiquiatra. Mario me dejó con la palabra en la boca a medio pasillo. Jacinto creyó que estaba yo borracho, el supervisor me llamó la atención por estar perdiendo el tiempo platicando con todos en lugar de trabajar.

Estos fracasos no hicieron otra cosa que aumentar mi obsesión. Trabajé mal y a disgusto. Me juré no terminar el día sin relatar a alguien mi pasado, mi presente y mi futuro. En lugar de regresar a casa me fui a buscar una víctima, la que fuera. Los transeúntes no servían, tenía que ser alguien sentado. Desesperado vi que la mayoría de las bancas del parque estaban ocupadas por parejas unidas en fuerte abrazo o por familias con niños. Al fondo del parque una joven se encontraba sentada, visiblemente nerviosa por la espera. Ella es la elegida, pensé. Tiene tiempo, está sola, le haré un favor en entretenerla mienta llega su pareja. Me senté a su lado y fingí leer el periódico. Un minuto después le pedí la hora, di las gracias cuando me dio la información y no supe cómo continuar. Las manos me empezaron a sudar. Recuerda tu juramento, me dije a mi mismo. Si se hubiera tratado de conquistarla todo sería más fácil., y más como en este caso en que se trataba de una mujer guapa. Bonita tarde ¿no le parece? Dije en voz baja y sin atreverme a mirarla. Ella no contestó pero su nerviosidad fue en aumento. Con más valor le pregunté si esperaba a alguien y comenté lo fastidiosas que son las esperas, porque sabe usted, continué sin importarme que ella se levantara del asiento, yo estoy esperando un aumento de sueldo. Desde hace años en que empecé a trabajar, de office

EL ESCUCHA

boy, por supuesto, para ayudar a mi familia, casi no me aumentan nada. Cuando llegué a esta frase ella ya estaba lejos y caminaba a toda prisa. ¡No la pierdas! Me gritó mi conciencia. ¡Síguela! Corrí tras ella y seguí diciéndole que éramos cinco de familia, mis padres y dos hermanos, uno hombre y una mujer, que el primero se había casado hace tres años y yo era tío de dos hermosas criaturas, pero que él no tenía trabajo y yo tenía que ayudarlos; que mi hermana había tenido menos suerte pues aún seguía soltera y eso que es bonita. La mujer para esto corría, y con peligro de morir, atravesó la avenida entre autos veloces. Yo no me despegaba de ella. Mi padre era muy bueno, continué, aunque le gustaban algo las copitas y quizá eso fue la causa de su muerte. Ahora yo vivo con mi madre y mi hermana. Los dos corriendo nos introducimos en un gran almacén. La seguí por los pasillos, por la escalera eléctrica. A gritos le conté de mi primera novia, de cuando me dejó. La carrera terminó delante del policía que cuidaba la tienda. La mujer me acusó de quién sabe cuántas cosas.

Por eso me trajeron aquí, señor Licenciado. Sé que me van a poner una fuerte multa o me meterán algunos días al bote. Pero no me importa. Al fin alguien escuchó mi vida. Gracias señor por hacerlo.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1998